

AULAS DE TORTURA

Hay problemas sociales que existen desde hace muchos años, incluso siglos, pero que en nuestra época adquieren una marcada relevancia pública y generan en la ciudadanía la percepción de que su gravedad es extrema, con la consiguiente agitación mediática y la subsiguiente presión sobre los poderes públicos para arbitrar soluciones. Las agresiones a mujeres y a menores en el ámbito familiar y la violencia en escuelas e institutos son dos casos claros de este tipo de patologías. El acoso a alumnos de primaria o secundaria por parte de sus compañeros ha sido objeto recientemente de especial atención por alguna situación particularmente dramática que ha acabado en el suicidio de la víctima. Yo recuerdo de mis tiempos de bachillerato elemental una historia de esta naturaleza que también pudo acabar en tragedia. Los caracteres de la trama eran arquetípicos y el desarrollo de los acontecimientos totalmente previsible. Dos de mis condiscípulos reunían las condiciones perfectas tanto en términos psicológicos como morfológicos para establecer una relación sado-masquista de consecuencias potencialmente terribles. Uno era bajito, desvaídamente pálido, rubicundo, con gafas, muy estudioso, tímido y acomplejado. Su maltratador sistemático era alto, corpulento, intensamente moreno, académicamente nulo y de una agresividad rayana en el salvajismo. Una vez localizada la presa, el proceso de humillación y vejación se puso en marcha de forma implacable y se materializó en continuos insultos, burlas, empujones, golpes, comentarios cruelmente despreciativos y demás recursos a disposición de los adolescentes conflictivos en cualquier lugar, fecha y circunstancia.

Ante un espectáculo tan denigrante e inaceptable desde una perspectiva meramente humanitaria, el resto de la clase adoptó actitudes que iban desde el regocijo a la desaprobación pasiva, pero la verdad es que ninguno de nosotros hizo nada para atajar los desmanes del verdugo, ni denunciando su comportamiento a los profesores ni intentando proteger al pobre acosado de las brutalidades que sufría. La angustia y la desesperación del perseguido fueron en aumento, pero tampoco se atrevió nunca a pedir protección al cuerpo docente o a explicar su desagradable experiencia a su familia. Por suerte un día la directora del centro fue casualmente testigo de una escena en la que quedaba patente el alcance y la profundidad de la morbosa vinculación que se había establecido entre los dos protagonistas de aquella peligrosa tensión, y tomó de inmediato drásticas medidas que la cortaron de raíz. Pero no se puede confiar sólo en la suerte cuando está en juego la dignidad y la integridad física de

nuestros jóvenes. La prevención, la vigilancia y la creación en las aulas de una cultura de convivencia, compañerismo y respeto resultan esenciales para evitar que se conviertan en campos de tortura.

Aleix Vidal-Quadras